



ORGANO OFICIAL DE LOS MARINOS DE LA REPUBLICA

Dirección: El Comandante General de la Flota

Epoca I (Año II)

Cartagena 26 de Febrero 1938

Redacción: Muralla del Mar, 7-1.ª izqda.-Teléfono núm. 1052

Núm. 53

Contra el derrotismo, y pese a las cornejas agoreras, tenemos fe en la victoria

CAMARADAS

Firmes, pero cautos

Anhelamos, como el que más, rivalizar en la lucha, con la sangre y con la vida, lo mismo que nuestros hermanos de los frentes de tierra.

La herida que recibimos con la pérdida gloriosa de Teruel, donde los invasores pierden 70.000 hombres, frustrando allí su ofensiva contra el frente madrileño, es, sin embargo, una herida que habremos de restañar, no con gritos ni frases, sino con voluntad firme y decidida de trabajar cada día más para ponernos a tono con la necesidad y con la eficacia de nuestro sacrificio.

Los cientos de aviones que a los traidores les mandan Hitler y Mussolini, hay que contrarrestarlos haciendo que en la retaguardia se trabaje sin tregua para superar en las fábricas de guerra esos aviones y esas armas que nos igualen y supere a todos los enemigos.

De eso deben ocuparse en la retaguardia, como muy bien decía hace dos o tres días un hombre bien conocido de la clase obrera, Domingo Torres, particular amigo y miembro destacado de una de las dos Centrales sindicales de nuestro país. Mientras la guerra exige aumentar la jornada sin límite en el sacrificio hasta agotarse, hay, sin embargo, gentes que aún piensan en relajarla, como, si de esta manera, quisieran honrar o deshonorar? la memoria de los que caen en los frentes. Nosotros, compañeros marinos, hemos de ser más cautos que lo que somos, poniendo siempre en nuestras palabras toda la reserva y todo el cuidado que exige la Causa que defendemos.

El enemigo no está sólo al otro lado, está también entre nosotros mismos, disfrazado de amigo, pero al acecho; esperando la ocasión para aprovecharla.

La guerra esta, es la más terrible que hemos conocido entre el pueblo y sus tiranos, y por ser enorme la fuerza y los auxilios de que dispone el enemigo, tenemos que pasar por trances amargos y dolorosos, pero

la voluntad de los pueblos es siempre invencible cuando les guía la fe de un Ideal redentor, y todos los pueblos que dieron su sangre por la Libertad, la conquistaron al fin; sólo la perdieron los esclavos que se arrodillaron a los pies de los tiranos.

Nuestro valor no está en la impaciencia, está en la firmeza de nuestra voluntad siempre resuelta; está en cuidar cada cual su puesto como puesto de combate, porque éste llegará a su hora, cuando haya de llegar.

No olvidemos en esta guerra tan singular y tan cruel las armas del enemigo, que además de las bocas de fuego tiene también otras bocas que nos acechan y escuchan.

Por eso, junto a la firmeza y el heroísmo, dispuestos siempre a probarlo, tengamos también ese otro que se llama cautamente «recato».

En los barcos de la Flota no hay nadie inactivo—no puede haber ninguno—porque todos y cada uno tienen una función que deben cumplir, y cada cual en su puesto que viva alerta, que cuando menos se piensa habrá de cumplir la orden de cara ante el enemigo.

Así hemos de ser los marinos de la República.

REFLEXIONEMOS

Por JOSE GUTIERREZ

«Oh corazón del género humano! Tu buen suceso le llena de confianza; un revés le abate y le consterna. Entregado enteramente a las sensaciones del momento, no juzga de las cosas por su naturaleza, sino por la vehemencia de su pasión...»

Qué verdad más grande contienen dichas frases en estos momentos. Qué consecuencias más graves acarrearán en múltiples ocasiones. La incompreensión nos domina, y todo por no pararse a reflexionar. Todo por dejarse dominar por las apariencias, por no apartarse todo lo superficial de un hecho que se origina y estudiar las causas que lo producen. De esta forma, sólo de esta forma se podrán juzgar acertadamente los efectos que se derivan de ese hecho, y hacerles frente con serenidad, evitando que se apodere de nosotros un decaimiento moral que puede sernos perjudicial y cuyas consecuencias pagaremos nosotros mismos.

Llevamos diecinueve meses de

guerra, y la experiencia que de ella sacamos, no es suficiente para que algunos juzguen desacertadamente la situación. No observamos los procesos que se operan en ella. Los adversos y reversos que han sido, son y serán inevitables. Hacemos crítica sistemática de la actitud de nuestros dirigentes por no prevenirse contra las adversidades que la guerra nos depara. Y les alabamos y ensalzamos cuando la balanza de la lucha se inclina a nuestro favor. En este caso, se apodera de nosotros un optimismo infantil, que por no ser estable, nos resulta perjudicial. Y en el otro, exteriorizamos un derrotismo tan fuera de la realidad, que ponemos en duda nuestra victoria, por lo cual demostramos vacilar ante los triunfos parciales del enemigo.

A raíz de la toma de Teruel por las fuerzas del Ejército Popular, el Gobierno de la República, así como también la prensa antifascista nos ponía en guardia, nos advertía de los peligros que encerraba

ese optimismo tan desenfrenado que nos hacía olvidar que estábamos en la etapa más dura de guerra. Esto lo sabía el Gobierno, y por eso ha hecho la advertencia; porque sabía lo que significaba la pérdida de Teruel para el fascismo; porque sabía que éste movilizaría todos los efectivos facilitados por los dictadores de Alemania e Italia,—que intentan colonizar nuestro país—y desencadenar una terrible ofensiva para reconquistar lo perdido, cosa que han logrado a costa de grandes pérdidas, y que ha motivado que se apodere de algunos camaradas un pesimismo, una desconfianza, que vacilan y ponen en duda nuestro triunfo seguro.

¿Debemos desanimarnos por esta derrota? No. Démonos cuenta del carácter de nuestra lucha; comprendamos lo que en ella nos jugamos. Hagamos frente con serenidad, sin vacilaciones, a todos los contratiempos que se nos presenten

(Sigue en 3.ª página)

Cuaderno de bitácora

Teruel, victoria siempre

De nuevo atraviesa nuestro pueblo momentos graves y difíciles que han de poner de prueba la robustez de nuestra fe antifascista y la confianza indeclinable en nuestro triunfo. La reconquista de Teruel por las fuerzas de la facción es indudablemente un hecho lamentabilísimo, de fuerte pesadumbre en nuestra moral, en nuestras posibilidades materiales y en nuestras esperanzas políticas; pero nunca deberá interpretarse como un hecho decisivo o irreparable, que no pueda rectificarse en lo sucesivo el aliento poderoso que, con más fuerza que nunca, ha de seguir animándonos hasta conseguir la victoria final.

Los que hemos vivido directamente las jornadas de Teruel, las gloriosas jornadas de nuestra resistencia a la contraofensiva facciosa, sabemos que, juzgando los hechos con un criterio puramente militar, lo de menos importancia era la toma o la pérdida de la ciudad turolense. Ni siquiera desde un punto de vista estratégico representaba gran cosa, pues estratégicamente eran de un valor muy superior numerosas posiciones de aquel frente. La conquista de Teruel representaba, para nosotros, de forma casi exclusiva, una formidable victoria moral sobre nuestros enemigos, ensoberbecidos por una serie ininterrumpida de continuos y fáciles éxitos, por la protección descarada de las potencias fascistas y por la esperanza de un inmediato aplastamiento del Ejército popular. Durante semanas enteras, el enemigo venía preparando una formidable ofensiva, que, con gran aparato de fuerzas y de medios, había de desencadenar sobre Madrid, asediándonos, de esta suerte, el golpe mortal e inminente.

La brillante ofensiva gubernamental sobre Teruel desbarató, de improviso, todos los planes, todas las esperanzas y toda la fuerza acumuladas por los facciosos, al mismo tiempo que disminuía notablemente su eco en el mundo y acrecentaba nuestro valor ante él. Destruídas las halagüeñas perspectivas que se habían forjado los facciosos, la conquista de Teruel significó, para nosotros, en este aspecto, una resonante victoria militar. El enemigo quedaba a expensas de nuestra iniciativa y de nuestros planes, al propio tiempo que veía frustrados los suyos y acusaba una derrota considerable en su moral y en su potencia bélica.

Tales perspectivas, que componen el verdadero volumen de la victoria leal sobre las armas de la facción, no han podido ser desdibujadas por los hechos posteriores. Los triunfos de aquellas jornadas siguen representando un quebranto efectivo en el haber de los facciosos, al que es menester agregar otro quebranto aún mayor: el quebrantamiento material de las fuerzas y de los medios bélicos que padecen nuestros enemigos. Es-

(Sigue en la 3.ª página)

Ayuntamiento de Madrid

Hidrofobia hitleriana

Después de leer el discurso pronunciado en el Reichstag, por el canciller alemán, no creo haya nadie con una conciencia libre, que sea capaz de no hacer una extraña mueca de asco, por lo matonesco del discurso y por lo que tiende a inmiscuirse en los asuntos de otros estados.

Hitler, fué una esperanza del pueblo alemán, que veía en él al *Volksredner* que le hacía falta, pero para poder desarrollar el programa nazi, lleno de contradicciones básicas, pues tenía una de cal y otra de arena, quiere sacrificar a otras naciones, sin tener en cuenta que el racismo, del que hacen gala los teutones, puede fructificar en otros pueblos, que por ejemplo el austriaco, no se avienen a ser inmolados en su independencia, para satisfacer los caprichos territoriales de su paisano «Der Süße Adolf».

Hitler ha conseguido el rearme alemán, a costa de desnutrir a su pueblo y a cambio de un aumento de dividendo en las fábricas Krupp, y como no quiere que sus armas enmohezcan, pues perderían la eficacia que él cree tener, no va a ser por mucho tiempo, acelera los acontecimientos con exigencias de todo género a las democracias.

Cuando se refiere a la situación europea, dice: «El nazismo salva la civilización occidental». No tiene en cuenta que, precisamente la civilización vino de Oriente, pero aun cuando hemos formado otra civilización en Occidente, él desprecia a Rusia por creerla asiática, pero sin embargo, consolida su famoso eje Roma-Berlín, con la inclusión del Imperio del Sol Naciente, ya que se ve, considera al Japón como país europeo, es decir: Enciende una vela a Dios y otra al Diablo. Y es que en realidad, eso es lo que ha hecho toda su vida el histérico Hitler, pues desde que quiso derribar la República de Weimar en su famosísima reunión de la cervecería de Munich, donde proclamó el «tercer Estado»—«Das dritte Reich»—, hasta que formó su programa definitivo de partido, halagó de una parte al ejército y de otra al pueblo trabajador, fuerzas antagónicas en todos los países y tiempos.

Seguramente lo copió de su compinche Mussolini, el antiguo socialista, que mixtificando el programa social supo engañar al pueblo italiano con su concepto de lo «nacional», pero que para obtener la protección del ejército, tuvo que rectificar la base social de su programa de gobierno ante el generalísimo duque de Aosta, que se lo exigía, por esto es corriente entre los fascistas puros, llamar a su doctrina «aostismo».

Siguiendo su campaña anticomunista (para justificar todos sus crímenes y posteriores acciones) ataca a Rusia diciendo: «Somos enemigos implacables de la U. R. S. S.» Seguramente se habrá quedado muy tranquilo después de haber descubierto ese nuevo Mediterráneo que supone el decir lo

que todos los pueblos libres del mundo saben, desde que el antiguo pintor se entronizó con la ayuda de los S. A. y de todos los capitalistas germanos, que incrementaron lo del racismo para despojar a los judíos de sus prósperas industrias y flamantes comercios. Pero es que en justa reciprocidad, tampoco la U. R. S. S. quiere nada con los nazis, pues conforme comenta «Pravda» las relaciones entre los dos países, son «una penosa necesidad para la U. R. S. S.», y la más justa réplica a las bravatas del fúhrer, ha sido el magnífico desfile de la Plaza Roja de Moscou, en el XX aniversario de la creación del Ejército más potente del mundo, para demostrar a los «amos» de Europa que existe una democracia oriental capaz de quitarles el sueño y dispuesta a combatir por el bien de la Humanidad y el engrandecimiento socialista. El ejército de la U. R. S. S. no es el ejército de autómatas teutón, que no sabrían explicarse nunca sus soldados, el por qué de una guerra en la actualidad, sino que el sacrificio de sus soldados llegaría al máximo, por ser «muchos cuerpos con una sola alma y un solo ideal».

Muchas sandeces ha gesticulado el hidrófobo tippelschikse (rate-rillo) de la Alexanderplatz, pero ninguna de tan grueso calibre como la de: «Queremos una España fascista». Como él nunca ha contado para nada con su pueblo, solamente que para encumbrarse y poder

realizar su «sueño de una noche de verano»—ser el amo del mundo—, cree que tampoco tiene que tener en cuenta al pueblo español para dominar a una España que nunca pensó en ser parda, sino todo lo contrario, pues por ahora no necesita importar ningún ideal, lo tiene propio. Pero es que, además, no se pueden concebir esas palabras nada más que en un loco o un depravado, ya que ni siquiera tenemos, afortunadamente, ninguna frontera territorial con Alemania, solamente existe la barrera infranqueable que supone el que un pueblo no quiera ser esclavo y luche por su independencia nacional, tal y conforme lo hace y lo ha hecho siempre el pueblo español.

No creo que solamente confíe Herr Hitler en las promesas del gnomo de Franco, pues el general «de los bellos efebos» no tiene los suficientes «arrestos» para dominar el coraje del bravo pueblo ibero, sino que más bien confíe en Gobiernos democráticos «a la Chamberlain», para poder ufanarse de victorias sobre las «potencias democráticas» con las cuales formar la segunda edición del *Mein Kampf*, de tan buen resultado editorial en... Alemania. ¿Hasta tal extremo ha llegado la insensibilidad del mundo? ¿Van a consentirse siempre las chulerías del «nuevo caballo de Atila»? Esperamos la respuesta, pero seguiremos luchando aunque no llegue con la prontitud que el pueblo español anhela.

Nicolás Furió y Cabanes
Comisario político
del destructor «Gravina»

Sección Técnica

El arma aérea en la guerra naval

(Continuación)

los buques de superficie. Como en la práctica es muy difícil apreciar, para los tripulantes de un avión, el daño producido a un submarino sumergido, son muy escasos los datos que sobre este particular se tienen.

Cerca de doscientos submarinos alemanes fueron hecados a pique en el curso de la guerra, de éstos, solamente 50 sufrieron ataques de la aviación, siete echados a pique por ella y veinte seriamente averiados.

Los submarinos descubiertos por la aviación a buques de superficie y logrados destruir por éstos, sirviéndose de los datos suministrados por aquella, fueron solamente cuatro. En noviembre de 1915, cuando solamente se utilizaban bombas de 30 kilogramos, un submarino fué atacado por un avión británico a unas seis millas de Middelkerke. El ataque se hizo desde una altura de unos 350 metros, y de las dos bombas lanzadas, una de ellas tocó al submarino, haciendo volar su explosión la torreta de éste, que desapareció entre una gran mancha de aceite. En 1915, asimismo, en un ataque combinado de hidros ingleses y

franceses contra el puerto de Zeebrugge, en el que tomaron parte dieciocho aviones, que lanzaron cinco bombas de cuarenta y cinco kilogramos y sesenta y dos de treinta, solamente fué averiado seriamente un submarino.

El libro V de Naval Operations británico señala un encuentro que tuvo lugar en 1917, en el curso del cual un hidroavión lanzó bombas sobre un submarino sumergido, desconociéndose el resultado obtenido. Sin embargo, el año 1917 fué el más favorable para la aviación naval inglesa, pues en él se destruyeron en los meses de julio y agosto los submarinos UC-1 UB-20 y UB 31. Algunos otros ataques se registraron sobre diferentes submarinos; pero, como antes dijimos, es tan difícil de probar la destrucción de un buque de esta clase navegando en inmersión, que buen ejemplo de ello son los siguientes casos: Sirviendo en la patrulla de Douvres el subteniente Molak, y habiendo lanzado cinco bombas de nueve kilogramos contra un submarino, y en otra ocasión el jefe de escuadrilla Bigworth lanzando tres bombas sobre otro, no hubo medio de comprobar si lograron destruirlos.—(Continuará).

NUESTRA CAUSA

Viejos y nuevos métodos de vida

El régimen que nunca daba garantía de vida al proletariado español era el que regentaban los «sujetos» por culpa de los cuales sufrimos la cruenta guerra que pesa sobre nuestro pueblo. Estos, que representaban al «señorismo», «parasitarismo», «ladronismo», tenían por norma, cuando los destinos de España estaban bajo su tutela, establecer—apoyados por el esquirolaje a sueldo—largas jornadas de trabajo, retribuidas con míseros salarios, que le impedían al obrero desenvolverse dentro de lo más humilde; miles y miles de trabajadores sometidos al paro forzoso; los hijos de los obreros no podían instruirse en las Escuelas (en muchas aldeas y pueblos se carecía de ellas) porque sus padres ganaban jornales de hambre y era indispensable tener mucho dinero—el proletariado carecía en absoluto—para llevar a la Academia cerebros de rango obrerista; algunos de éstos, por tener cierta influencia sus padres con algún que otro «señor»—en muchas ocasiones adquirida por haberse cargado la honradez de una hija—y dar señales de «sabiduría», se les pagaba la carrera, a condición de que estudiaban para «sacerdotes» y ser el día de mañana «hombres ilustres»; a la juventud se la entretenía con una serie de vicios y deportes puestos al servicio de las grandes Empresas capitalistas, para evitar que a esta juventud le diera por enrolarse en las organizaciones obreras y políticas, adquiriendo desde ahí una enseñanza que pudiera ser perniciosa algún día para la conservación de sus privilegiados intereses. A todo esto ninguna biblioteca instructiva en los pueblos; en cambio, eso sí, muchas tabernas, muchos prostíbulos, muchos «templos sagrados», mucha miseria y desolación por el hambre y persecución total de los hombres dirigentes del movimiento obrero y político revolucionario (bienjo negro), cuando no los encarcelaban y asesinaban.

Como el pueblo español—según se dice y se observa—es muy flaco de memoria, es conveniente recordar siempre del cáncer social que hacemos mención, puesto que, recordándolo, cada cual por sí puede rectificar si le queda algún que otro perjuicio heredado, ya que el futuro de nuestro pueblo hemos de prepararlo para que no vuelva a repetirse lo que después de la guerra debe con ella quedar desaparecido para siempre de España.

Camino de ello vamos ya si sabemos, como debemos, cuidar con nuestro propio interés y buen comportamiento las cosas que tienen una importancia enorme como principio del avance social de los pueblos.

Después de rebelarse la putrefacción contra lo más sano y más digno de nuestro país, la República permite que los hijos de los obreros puedan ser médicos, maes-

tros, ingenieros, artistas...; no hay paro forzoso ni lo habrá después de la guerra; se respeta el derecho legítimo de la ciudadanía; los obreros del campo y otras ramas de la producción ya no trabajan para el cacique, para el terrateniente, para el «amo»...; trabajan para ellos, para sus hijos, para la España de la paz y de la libertad, para la República.

Para que este proceso revolucionario de mejoramiento se consolide ¡HEMOS DE GANAR LA GUERRA! y para acelerar la victoria hemos de trabajar intensamente en todos los sentidos con el máximo afán y entusiasmo; estar todos los antifascistas bien organizados y disciplinados al lado del Gobierno de la República hasta hacerles romper la crisma a los invasores fascistas (quienes piensan hacer de España un cementerio, y que si no desisten en su propósito lo será, pero siendo los españoles sus sepultureros); unir cada día más el criterio de las organizaciones obreras y partidos políticos antifascistas, sin desearse los unos a los otros; no cegarse con los prostíbulos; limitar la vieja viciosa costumbre de la embriaguez al mínimo para estar más serenos y más bien formados; aumentar el interés, que por suerte ya tienen muchos jóvenes, en la lectura, para acabar con la ignorancia—arma de mucho valor para la gran burguesía—y adquirir la educación que nuestro pueblo necesita, a través de estos sencillos sacrificios, para acabar con los viejos métodos fatalistas, y darle calor y apoyo a la magna obra de progreso y civilización que se está realizando en la España republicana y, con ella, la salvación y superación del proletariado.

No regateemos sacrificios y todos, prescindiendo de la ambición, vayámonos unidos como frente único los de la vanguardia de las armas, de la producción y de la ciencia a conquistar pronto la victoria contra el fascismo, robusteciendo la economía y la cultura de nuestro pueblo y dejando enterrados para siempre a los que lo arruinaban luchando reaccionariamente contra las voluntades populares, y malversaban nuestra economía y nuestro prestigio de españoles por todos los medios.

Para los antifascistas, entre los viejos y nuevos métodos de vida no es difícil la elección: Abogamos por los nuevos.

Antonio BOLUFER
Comisario político
del destructor «Escanor»

“LA ARMADA”

Redacción y Administración:
Secretaría del Comisario General de la Flota, Muralla del Mar, número 7.º-izquierda.

Teléfono 1 052

Valor criminalológico de una teoría

El valor de una teoría sustentada en bases sólidas, nos puede abrir horizontes nuevos en cualquiera de las actividades humanas, llegando a destruir radicalmente lo rutinario y tradicional de las actividades; pero es completamente admisible y humano, que teorías que se lancen basadas en la prosperidad humana se acepten en toda su amplitud por razones de amor colectivista y humana.

El altruismo, ese imperativo vital, patrimonio de todo ser bien educado, debía de estar con tanta fusión adueñado de nuestro ser como sangre surca por nuestras venas, para que cualquiera de nuestras acciones, ya instintivas o racionales, estuviesen lo más estrechamente unidas para así desahogar el máximo de sacrificio de nuestros semejantes.

Como Schopenhauer, Brandt y otros, que en sus teorías filosóficas «aceptaban el sentimiento compasivo como una religión», nos demostraban una facultad, «la abnegación de todas las demostraciones espirituales»; no cabe la menor duda que todas estas teorías han hecho de esta gran colmena que se llama Humanidad un sedante, proporcionándole un campo deductivo en el análisis de ella, deducciones que, adueñándose intensamente de los imperativos vitales, como es el instinto, etc., contrarrestan con suficientes fuerzas, adueñándose de un campo que estaba en manos de sus complejas inclinaciones.

Según Espinoza, «el ser humano, según el ambiente en que vive se desarrolla, lo que denominamos bueno o malo»; así, siguiendo este principio lleno de vitalidad puede apoderarse de nosotros las acciones que vayan en contra de la felicidad humana, como el desarrollo para el bienestar de ella.

El teorizante contemporáneo que más nos demuestra el complejo del instinto anormal, y que sus teorías atrevidísimas son tan hostiles a la

Humanidad, indiscutiblemente que es Ludendorff, diametralmente opuesto a las conclusiones de los virtuosos filósofos, que hacían de la máxima una religión y un ejemplo a seguir.

Mientras unos lanzaban el producto de sus cerebros en acallar el rugido de los cañones con fórmulas conciliatorias en la inmensa guerra de la vieja Europa, el germano Ludendorff, en una ráfaga de sadismo, proclamaba al Estado Mayor de Guillermo II la teoría maquiavélica de que todos los habitantes de un pueblo en armas eran combatientes y, por lo tanto, se precisaba su destrucción.

La idea se siguió con una exactitud matemática, y los cañones, en sus alaridos mortíferos, sembraban la muerte por doquier en poblaciones alejadas de los frentes, destruyendo todo lo que el ingenio humano había realizado en ellos, desgarrando vidas de seres inocentes que clamaban paz y que su único delito consistía en formar un pueblo de la nación en guerra.

La historia se repite en todo su dramatismo y con el mismo espíritu que impulsó el originario de las mil veces maldita teoría sobre España mártir, que su falta fué ser muy ambicionada; los secuaces que bombardeaban impasiblemente las ciudades francesas, hoy lo repiten con mayor intensidad y crudeza con sus fatídicas alas negras, sembrando la muerte con poblaciones carentes de todo objetivo militar con una estoicidad demostrativa de su insensibilidad.

Hoy el valor de una teoría, después de largos años de inactividad, vuelve a renacer en todo su apogeo, iniciándose una nueva lucha que cuesta una serie de sacrificios hechos en las piras de las ambiciones, destacándose en abrazo frío con la parca el fatídico Ludendorff envuelto en el humo y las llamas de los pueblos desolados; ni Heliogábalo ni Nerón sospecharon un refinamiento tan cruel.

J. VIDAL REQUENA

Reflexionemos

Viene de la 1.ª página)

Por difíciles que sean. No perdamos nuestra fe en la victoria. Preparémonos para las luchas futuras.

«Pronto dispondremos de todo lo necesario—ha dicho el Gobierno—para imponernos al enemigo», que le ha sido posible obtener esta victoria por la acumulación de material de origen alemán e italiano. Ello ha dado lugar a dificultades y episodios sensibles, pero en modo alguno decisivos por las desigualdades apuntadas.

Reflexionemos, analicemos con detenimiento el desarrollo de la guerra en sus diferentes fases. Demos cuenta de los progresos operados en nuestro Ejército, y entonces veremos cuánto ha mejorado nuestra situación, cuántas más probabilidades tenemos de un triun-

fo rápido y seguro. Hagamos caso omiso de las noticias y opiniones de esos «inconscientes» que aparentan no dar valor a las noticias y bulos terroristas que ellos mismos propagan, pero que lo hacen conscientemente al objeto de minar nuestra base para que cunda la desmoralización.

Aceleremos nuestra capacitación político-militar que nos permita superar todas las adversidades y golpear al enemigo implacablemente hasta conseguir la victoria. Fieles en nuestro Gobierno, que con pulso seguro conducirá la nave de la República hasta el puerto de la Libertad y la Justicia. No perdamos la serenidad ni vacilemos, y dentro de poco tiempo libremos a nuestro pueblo de la esclavitud a que lo quieren llevar las hordas salvajes del fascismo internacional.

José GUTIERREZ
Marinero 2.ª

Las dos Repúblicas

(Viene de 4.ª página)

militarista, contra el clericalismo teocrático y contra la plutocracia y el capitalismo (los negreros de entonces son los burgueses de hoy).

Hay diferencias: unas, de índole material, traídas por los adelantos de las ciencias aplicadas a la guerra (mausers, cañones de gran alcance y rapidez en la carga y en el disparo, ametralladoras, tanques, bombas de mano, aviones, gases asfixiantes, todo lo cual, así como el teléfono y la telegrafía sin hilos, era desconocido en 1873); otras, de índole moral, producidas por la ruindad de los traidores de hoy—inferiores al general Pavía, desinteresado aunque culpable, capaz de dar el golpe de Estado, pero incapaz de nombrarse ministro del Gobierno formado el 4 de enero—; inferiores también a los cabecillas carlistas, menos feroces que ellos, aun los más crueles y sanguinarios, e incapaces de vender a naciones extranjeras productos, minas, archipiélagos, islas y posesiones de España.

Las horribles monstruosidades cometidas en la sima de Igusquiza, el fusilamiento por el cura Santa Cruz de la columna de carabineros rendida, el saqueo de Cuenca, las violaciones de doncellas, el apaleamiento feroz de mujeres hasta matarlas, los más horrendos crímenes, en fin, del carlismo han sido superados por las hordas de Franco y consortes en la plaza de toros de Badajoz, en la del Torico, de Teruel, en la campaña de Talavera, en los campos de Toledo, en las calles de Granada, en la carretera de Málaga a Almería y en las grandes ciudades bombardeadas por la aviación con el sacrificio de centenares de niños a la barbarie fascista, superior a la de cuantos guerreaban contra la primera República.

Y en cuanto a la falta de patriotismo de los capaces de utilizar el concurso de los cabileños y de instaurar en pleno siglo XX el tributo de las cien doncellas a beneficio de sus aliados mahometanos y de los capaces también, ciegos de orgullo, de entregar España a la invasión de nazis alemanes y de fascistas italianos, no es preciso encarecerlo para hacer patente su inferioridad respecto a los carlistas. Fueron éstos ciegos causantes de la ruina y del atraso de España; mas no, como los rebeldes actuales, conscientes provocadores del descuartizamiento de la nación, entregada por ellos a la concupiscencia de extranjeros desalmados.

Contra la guerra actual ponemos toda el alma los antifascistas, y el anhelo de vencer nos lleva a callar todo pensamiento contrario al de los demás combatientes y a obedecer con perfecta disciplina al Gobierno legal, robustecido en su soberanía por el acuerdo unánime de las Cortes reunidas en observancia de la Constitución, que cumple para, con autoridad moral, hacerla cumplir a todos los españoles.

El levantamiento cantonal contra el Gobierno, no republicano únicamente, sino avanzado, revolucionario de don Francisco Pi y Margall, sobre desacreditar el sistema federal, constituyó un obstáculo para dominar al carlismo y para deshacer las tramas de los conspiradores que preparaban la restauración de los Borbones.

El cantonalismo tuvo más de perturbador que de revolucionario.

Sin creerlo único culpable ni si-

quiera el mayor de los que tuvieron la culpa, debemos reconocerle, como hemos hecho con los carlistas, superioridad sobre los enemigos de la actual y perdurable República, la segunda cronológicamente: declaró la guerra a Alemania en respuesta al ataque del «Federico Carlos» a uno de los barcos de la escuadra cantonal, y fué incapaz de concertar alianza con la nación, cinco de cuyos barcos bombardearon, en represalias de una mentida agresión, a la inerme Almería.

Unidos, se dice, todos o los más de los republicanos, ¿cómo explicarse la descomposición de los federales y las tremendas discordias que ayudaron eficazmente a los que dieron el golpe del 3 de Enero? Al contestar a esa pregunta, fijamos otra esencial diferencia entre ambas Repúblicas. No hubo en el fondo tamaña unidad. Todos se llamaban federales, no todos lo eran. Ya en la llamada declaración de la prensa se exteriorizó la diferencia entre orgánicos y pactistas, como luego de la restauración se denominaron los figueristas y los piistas. Y respecto a Salmerón y a Castelar, su federalismo era, en el primero, un acatamiento formulario a la mayoría, y en el segundo, un tema retórico. Y además de no estar todos convencidos de la doctrina y de no apreciarla del mismo modo, ¿de cuándo acá es el federalismo teoría esencialmente revolucionaria? Federales han sido imperios, federales son repúblicas fascistas, como el Brasil, y federal es la verde Erin, la isla de los santos. No hubo otra idea revolucionaria. De la propiedad de la tierra nadie trató, nadie propuso colectivizarla; sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado había diferentes

criterios y tampoco hubo unanimidad respecto a la organización del Ejército.

Pi y Margall era socialista y esa idea defendió en «La Discusión», mas pronto en «La Democracia» le salieron al paso republicanos también eminentes y hubo que adoptar una fórmula de transacción: socialistas e individualistas, católicos, protestantes, librepensadores, materialistas y espiritualistas, ateos y racionalistas caben—se dijo—en el partido republicano federal.

Aparte la ideología, en táctica era notoria la división en intransigentes y benévulos.

Este dualismo, aquella transacción, la falta de sindicatos y partidos proletarios (la primera Internacional estaba ya rota), el confusionismo federal que imitaba a la Comuna parisiense y realizaba un pronunciamiento a la española, la discordia republicana, la falta de ambiente y el ánimo del país cansado de agitaciones, hicieron revolucionariamente estéril a la primera República, que no supo resolver la cuestión de Cuba ni quitar poder a los frailes de Filipinas ni fijar su criterio ante la Iglesia ni reorganizar el Ejército, ni hacer en lo social otra reforma que la dictada por Benot respecto del trabajo de niños y mujeres.

¡Admirable y querida primera República! Al celebrar el once de febrero, honramos a aquellos republicanos y les expresamos nuestra gratitud, pues ellos, con lo que hicieron y con lo que no pudieron hacer, nos han enseñado a conservar la República democrática, la de los tres colores, que dijo Azaña, y a imponerla a los rebeldes, venciendo en la guerra que sostenemos.

Roberto CASTROVIDO

Teruel, victoria siempre

(Viene de la 1.ª página)

tos han perdido, en su tenaz contraofensiva, enormes cantidades de hombres, de material y de munición, que no es posible improvisar alegremente. La victoria leal sobre Teruel sigue siendo una victoria indudable para quienes miran las cosas sobre el alcance de lo episódico. Durante dos meses, se han venido combatiendo de día y de noche, hasta llegar al resultado conocido. Lo que nosotros alcanzamos en una semana escasa de brillante ofensiva, lo que el enemigo perdió en unas jornadas, le ha costado recobrarlo sesenta días de incesante lucha. ¡Sesenta días de lucha incesante, poblado el cielo de aviones alemanes e italianos, y erizado el horizonte de cañones italianos y alemanes! Lucha cruel, espantosa, desigual, en la que se han ensayado novísimos procedimientos y material inédito de combate. Lucha, que ha representado, para las potencias fascistas, una intensiva experiencia guerrera, pero que ha limitado y cercenado—también por largo tiempo—las posibilidades de nuevas acciones y perspectivas bélicas de los facciosos.

Para el ánimo fecundo en la fé y en la esperanza antifascista, la gloriosa derrota de Teruel no puede ser motivo de reducción de en-

tusiasmo o de flaqueamiento en la indomable voluntad de vencer que a todos nos anima. Antes bien, el obstáculo ejercitará, de nuevo, nuestro temple, y, acusando abiertamente los errores y las faltas, habrá de servirnos de trampolín para nuevas empresas más provechosas. Quien no sabe aprender en la desgracia—ha dicho el clásico—no sabe aprovechar en la fortuna.

Alejandro Rodríguez Seguí
Comisario político del
«Miguel de Cervantes»
Rx-Comisario de la 94 Brigada
Mixta (3.ª Brigada Naval)

Nuestro Comisario general dirige una alocución por la Emisora

Ayer habló por el micrófono de la Emisora de la Flota, el compañero Alonso.

Fué una vibrante alocución dirigida en nombre de los marinos de nuestra Flota a todos los radioyentes de España y del Extranjero.

El camarada Alonso afirmó nuestra fe en la victoria, que será la reconquista de Teruel y de todo el territorio sometido a los traidores y al extranjero.

Proclamó la razón y el heroísmo de nuestros combatientes, a los que permanecen fieles y con ansias de igualarles, los Marinos de la República, condenando como se merecen a los que al otro lado de las fronteras miran cobardemente el crimen de los invasores Hitler y Mussolini.



Poco habrá de vivir quien no quiera ver la muerte de las Dictaduras y de sus insensatos cómplices

Las dos Repúblicas

El 11 de Febrero y el 14 de Abril

Reproducimos el admirable artículo del maestro de periodistas Roberto Castrovido, y que por el profundo análisis que encierra, cobra plena actualidad en esta hora de España.

Conmemorar el 11 de Febrero de 1873, día de la proclamación por mayoría de votos, en la Asamblea Nacional que así llamamos al Senado presidido por don Laureano Figuerola, y al Congreso que presidía don Nicolás María Rivero, reunidos, era un modo de exteriorizar la continuidad en el republicanismo, la persistencia de la fe en las ideas republicanas. La persecución al federalismo del Gobierno que con denominación de República había formado el treidor capitán general de Castilla la Nueva don Manuel Pavía y Alburquerque, perpetrador del golpe de Estado de 3 de enero de 1874, convertía en acto valeroso, abnegado, la conmemoración, y ese rabioso antifederalismo del poder público y la prohibición dictada por el primer gobierno (presidido por Cánovas del Castillo) del rey restaurado en el trono por abdicación de su madre, la que fué reina hasta la batalla de Alcolea, dieron a la festividad republicana matices de religión nueva y perseguida, de secta secreta, también perseguida. Al advenimiento de los liberales al poder se abrieron las puertas de los teatros, de los casinos y de las fondas, para los republicanos, que con mítines, asambleas, veladas, conferencias y banquetes celebraban su fiesta de Navidad, el natalicio de la primera República.

Se aprovechó el once de Febrero para concertar coaliciones, alianzas, fusiones, uniones; para analizar las causas de la efímera vida y trágica muerte de la forma de gobierno republicana, institución que diputábamos y seguimos considerando esencial en el sistema democrático y la más acorde con la dignidad humana, la paz de las naciones, la soberanía de los pueblos y el progreso incesante de la humanidad.

La muerte de los hombres del 73, de los que llamaron en su tiempo republicanos de la víspera, el desgaste que causa el tiempo y el influjo de la libertad, fué debilitando la importancia de la conmemoración anual, ya un poco rutinaria, hasta que la elevó y devolvió su primitiva trascendencia la dictadura de Primo de Rivera, quien prohibió los primeros años de su poder las conmemoraciones del once de febrero y las toleró después con restricciones que fijó en una de aquellas notas que le dieron cómica reputación.

Acogiéndose los republicanos a la tolerancia del Dictador, celebraron cuatro seguidos actos conmemorativos, alguno, como la cena verificada en la Escuela Nueva de Madrid, situada en la misma casa que servía de

redacción a la revista «España», de indudable trascendencia política.

Y llegamos al 14 de abril de 1931, a la proclamación de la República que no enumero, que no llamo segunda, porque la considero definitiva forma de Gobierno en el Estado español.

El 14 de abril de este siglo XX redujo a una mera evocación histórica la solemnidad del once de febrero del año 73 del siglo XIX. Se respeta a los precursores, se ensalza a las grandes figuras del republicanismo histórico; pero se huye de caer en sus

Guerra

Nuestra lucha hoy más que nunca es empeñada, todos tenemos la obligación de templar nuestro ánimo antirascista para librar nuestro suelo de la pezuña fascista. Por muy graves y difíciles momentos tenemos que pasar, por culpa de la mal llamada «No Intervención» pero con nuestra abnegación y nuestra fortaleza capaz de resistir la avalancha, que contra nosotros mandan los estados totalitarios de Alemania e Italia.

En estos momentos todos tenemos el deber de intensificar el trabajo, que la producción del material sea constante, darlo en fin todo por el triunfo de nuestras armas. Nadie absolutamente nadie, y en ello están todos los partidos antifascistas, sin renunciar a sus viejas aspiraciones, el obligar a todos el cumplimiento del deber. Hoy las dentelladas que se enfilan contra nosotros por los enemigos de la libertad y el trabajo, nuestra unión y nuestra fortaleza es el mayor dique que podemos ofrecer a todas las democracias del mundo.

Hemos de hacer todo lo que esté en nuestras manos, que continuemos siendo lo que siempre fuimos. Con aquella moral y con aquellos hombres, que dieron sus vidas sin armas de ninguna clase y supieron detener al enemigo con su hombría llena de valor. Nuestra raza nunca aduló ni transigió con el enemigo que quiso quitarle su independencia. Toda nuestra historia se pondría en pie para acusarnos si la rectificáramos con algo que esté reñido con ella y que pueda mancharla.

Es nuestra historia la que nos empuja y es el porvenir el que hemos de conquistar con ella.

Manuel Naranjo

Por ROBERTO CASTROVIDO

mismos yerros y se pone el mayor cuidado en no imitar los actos de aquellos antecesores, dignos todos de respeto y acreedores muchos a la admiración de sus descendientes, de sus discípulos.

Llegó a ser lugar común, muletilla y tópico de cuantos hablaban o escribían en los aniversarios del día once de febrero de 1873 al determinar la culpa del que podemos llamar fracaso a fin de efectuar la necesaria enmienda si queríamos merecer la República. Conformes en el propósito de enmendarnos, discrepamos al fijar responsabilidades y analizar culpas.

Los más aplaudidos en los discursos mitinescos y los más celebrados, al brindar en los banquetes, eran los oradores más simplistas, los que acusaban rotundamente a uno solo de los factores; a los que fueron ministros de la primera República y eran después del 3 de enero jefes de los partidos republicanos, a los cantonales y a los autoritarios, conservadores y posibilistas.

Había también quienes achacaban lo efímero de la vida de la República a la imposibilidad en que se vió de ganar tres guerras: la carlista, la colonial y la cantonal, con un ejército minado por la conspiración monárquica. ¿Cómo—discurrían los más avisados—podía vencer la República a los alzados en arma contra ella y contrarrestar las maquinaciones de los alfonsinos y de los radicales vencidos el 23 de abril y vencedores el 3 de enero, si el once de Febrero sobrevino cuando hastiaba la revolución triunfante en Septiembre de 1868 y si la República fué proclamada ese día once con los votos de los radicales en unas Cortes monárquicas (las últimas del reinado de don Amadeo)?

En efecto, vino tarde la República. Quizás de ser proclamada en 1869 habría sido más fuerte y podido vivir mucho más de lo que vivió. Agitada por discordias, devorada por insurrecciones de los obligados a defenderla, condenada a la impotencia por múltiples causas, no podía aspirar a más larga vida. Entre estas causas están la falta de un claro criterio revolucionario y la carencia de un verdadero anhelo de vencer a los carlistas, sentido éste de modo tan vehemente que armonizara los más diversos ideales y asegurara al Gobierno republicano la adhesión cordial de todas las fuerzas anticarlistas y antiborbónicas.

Al subrayar lo que pensaban los más juiciosos de los hombres de aquella fugaz República, hemos determinado las diferencias esenciales entre tiempos y tiempos, entre los republicanos de 1873 y los republicanos de 1936 a 1938. Ahora como entonces, luchamos contra la rebelión

(Sigue en 3.ª página)

NOTA INTERNACIONAL

El Mundo en trance decisivo

Las chispas del incendio español consumen, con vertiginosa celeridad, un área cada vez más colosal.

Ya las fronteras naturales de una geografía sabia y las barreras políticas que, pintando líneas sinuosas, pretenden cerrar países y definir continentes universales, perdieron toda su consistencia utópica. Londres, París, Roma, Berlín tienen sus plantas chamuscadas por el rescoldo del círculo ibérico en ascuas.

Ya nada, ni nadie, podrá escapar a su voracidad, ni tan siquiera aquellos cuyos elucubraciones diplomáticas pretendían contener mentalmente discursos y lamentaciones, la ola devastadora del occidente mediterráneo. ¡Ahí queda eso!, ha dicho Mr. Eden.

El conflicto pavoroso provocado en tierras españolas, donde la paz y convivencia internacional eran estimadas como un factor indispensable progreso y cultura, tenía, antes de iniciarse su trama en el brumoso Berlín, alcances europeos e intenciones mundiales.

La piel de toro que define físicamente nuestras costas de entre los tantos Estados europeos metamorfosea su contorno, pierde su forma primitiva y el perímetro europeo en toda su extensión se adivina bajo las comisiones de nuestros combates encarnizados. Ginebra continúa dentro del perímetro y los destellos del incendio iluminan el palacio donde la causa de la paz se dirimió constantemente.

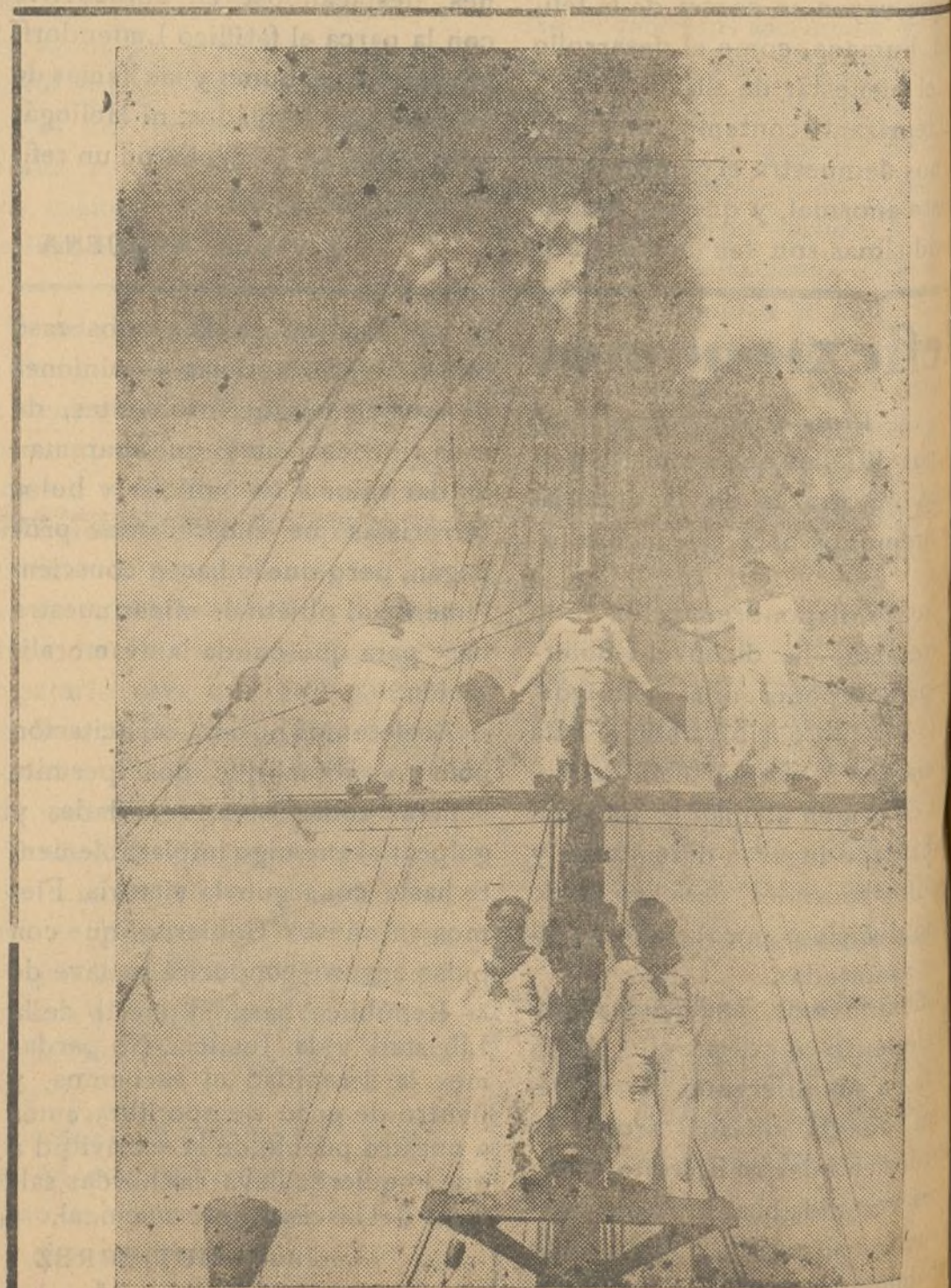
A muchas y varias pruebas ha sido sometida Europa. Duras y difíciles. Pero ninguna como la actual. Europa va a someterse a la terrible prueba del fuego, y el pueblo español, que forma parte de la comunidad internacional, tal vez con más derecho que ningún otro país, espera que un resultado sólido sea la consecuencia de la aguda crisis experimentada.

De algunos años a esta parte nos hallamos ante formas de agresión que, al no constituir una transgresión casual o esporádica de los principios del Pacto, ejecutada por cualquier Estado, sino más bien expresión y nota de voluntad gubernamental de determinados Estados, como en el caso de Alemania e Italia, amenazan reducir a la nada tantos esfuerzos y restan sin esperanzas de término y en estado permanente la Guerra Mundial.

La guerra de invasión que hacen a España abiertamente como en mejores tiempos de conquista, Hitler y Mussolini, tiene la posibilidad robustecer a la S. de N. haciéndola recobrar toda la eficacia con que fué creada, o bien puede del mismo modo, liquidar las mínimas garantías del Pacto ginebrino, inaugurando entonces un período de desolación y vandemonio que convertiría a la civilización en una añoranza vagamente recordada.

Legislación de paz. Muy bien, pero al lado de ella, y confundida parcialmente la fuerza de los Estados democráticos reunidos. La fuerza en determinadas etapas del desarrollo social, la realización del derecho de traducción cuando se le oponen obstáculos y se llega a la agresión. En cuestión de principio reside la solución del problema gravísimo planteado la garantía firme de la existencia de la S. de N.

Si una voluntad demencial de suicidio no se ha apoderado del mundo, la S. de N. debe ser la más sólida esperanza de todos los pueblos progresivos y libres.



Ayuntamiento de Madrid